

La cumbre del milenio: ONU 2000

Los residentes del tercer mundo nos movemos, arriba y abajo, sobre unos rápidos "ciclos de la esperanza", tan bruscos como las variaciones estacionales de nuestro café. Hemos vivido estos ciclos de la esperanza desde aquella cumbre mundial sobre el desarrollo social, tenida en Copenhague, en marzo de 1995. Desde entonces para acá cuántas cumbres mundiales, ricas en discursos y compromisos laudables, que pocas veces se acompañan de reformas estructurales. A primera vista podríamos decir que la esperanza es poco rentable, lo cual es bastante cierto; pero hay algo bueno en esta ruta de la esperanza, que también aflora la verdad sobre el mundo de hoy. La euforia de los foros de Davos, la élite del capitalismo, no puede opacar los reclamos de los manifestantes de Seattle (Organización Mundial del Comercio) 1999; Davos 2000, UNCTAD, Bangkok 2000, reunión de primavera (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial) Washington 2000; G-8, en Okinawa, julio 2000; Naciones Unidas, Nueva York..., y Praga (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial), septiembre 2000. La verdad se viste con el traje y las protestas de los grupos manifestantes.

1. Un plan de acción para el siglo XXI

En su discurso de presentación, Kofi Annan recuerda que había propuesto la presente cumbre desde 1997, cuando fue elegido Secretario General de Naciones Unidas. Muchas cosas habían cambiado en el escenario mundial al cumplirse el cincuentenario de Naciones Unidas. Por ello, con fe-

cha 3 de abril de 2000, presentó ante la Asamblea General "un plan de acción para el siglo XXI", que debía debatirse con los jefes de Estado de los 188 países miembros. Cada país y cada persona tiene el derecho de "ver cubiertas sus necesidades y de sentirse protegido del miedo". Kofi Annan dice que "hay que reinventar Naciones Unidas". En los últimos 55 años, una población de 6 000 millones duplica el número de habitantes de 1945; las guerras civiles se han multiplicado y han causado cinco millones de muertos en los últimos diez años; se agrega el fenómeno de las limpiezas étnicas, el problema del medio ambiente, la plaga del sida y la malaria y la creciente marea de la pobreza. Uno de los primeros objetivos sería reducir a la mitad, para el año 2015, los 1 200 millones de personas (22 por ciento de la población) que sobreviven con menos de un dólar al día.

El plan de acción para el siglo XXI integra el binomio del alivio de la deuda externa y de la apertura de las fronteras de los países ricos a las exportaciones del tercer mundo, tema que se ha venido repitiendo y prometiendo (¿palabras huecas?) en todas las cumbres de 1999 y el 2000. Se pide a los gobiernos ratificar el protocolo de Kyoto para reducir en 60 por ciento la emisión de gases de efecto-invernadero y, de manera especial, el espinoso tema de la intervención humanitaria para la aplicación de las leyes internacionales. No todos los miembros del Consejo de Seguridad están dispuestos a encarar esta aplicación de los derechos humanos. Una novedad de este plan de acción es el recurso que pueden prestar las nuevas tecnologías y algunas transnacionales al Servicio

de Información Tecnológica de Naciones Unidas: en concreto, una red de internet en 10 000 hospitales o clínicas ubicadas en países en desarrollo, que permitan tener acceso a los últimos descubrimientos médicos. Igualmente, el programa telefónico de la empresa *Ericsson*, que facilite la prevención y la comunicación en caso de desastres naturales o crisis humanitarias, así como la constitución de un consorcio de voluntarios, encargados de iniciar a los países en desarrollo en la tecnología de la información (“L’ONU présente un plan d’action pour le XXIe siècle”, *Le Monde*, 4 de abril de 2000. “Annan anuncia un ambicioso plan para la ONU del nuevo milenio”, *El País*, 4 de abril de 2000).

2. El discurso de Kofi Annan: una reunión de trabajo

La crisis financiera de Asia de 1997, las protestas contra la Organización Mundial del Comercio, en Seattle, en 1999, los acontecimientos de Kosovo, así como el proceso de Pinochet, son tres simples ejemplos de que estamos viviendo una nueva era. “La globalización es muy beneficiosa para algunos y es potencialmente beneficiosa para todos, pero sólo si los estados trabajan conjuntamente para que estos beneficios lleguen a todo su pueblo”. En contraste, miles de millones quedarán abandonados a la pobreza y otros países emergentes están a la merced de súbitos cambios económicos. “Afrontamos desafíos mundiales que nos obligan a trabajar juntos y si esto es cierto en la esfera económica, lo es aún más ante el desafío que representan las matanzas y las guerras. El instinto de solidaridad humana —que impulsa a algunos estados a acudir en ayuda de los ciudadanos de otros estados o a presentar cargos contra sus antiguos dictadores— es digno de alabanza. Pero cuando estas acciones las aplican uno o pocos estados en nombre de su propia autoridad, traen consigo el riesgo de la anarquía mundial”.

Kofi Annan toca el tema urgente de la ratificación por parte de Estados del Tribunal Penal Internacional, “que juzgue a los genocidas, que los tribunales nacionales no pueden o no quieren juzgar. El mundo estará más seguro si sabe que Naciones Unidas puede intervenir cuando están amenazados con una destrucción masiva. Tenemos que trabajar todos juntos para preservar los recursos naturales de los que depende toda la población de la tierra... De hecho, ninguno de estos problemas pueden ser

resueltos sólo por los gobiernos. Los estados necesitarán de la ayuda de otros «actores», como las empresas y las agrupaciones de ciudadanos, cuyo papel en el sistema internacional está creciendo en importancia. Pero la acción global tiene que empezar en algún sitio, y si no es en Naciones Unidas, ¿dónde?”. En el discurso de Kofi Annan se detallan otros objetivos puntuales, integrados en el documento final a firmar por los estados miembros (“ONU; le sommet du millenaire s’est achevé par un engagement de lutte contre la pauvreté”, *Le Monde*, 9 de septiembre de 2000).

A primera vista no hay muchos temas nuevos, que no hayan sido debatidos en la Organización Mundial del Comercio de Seattle, en la UNCTAD de Bangkok, en la reunión del Fondo Monetario Internacional-Banco Mundial, en Washington, y en las quince conclusiones de la Carta de Okinawa (G-8) de julio del 2000. La novedad es que los 154 jefes de Estado, en su condensado mensaje de cinco minutos, agregan cada uno una nueva pieza al mosaico multicolor del mundo actual. Vale decir que “lo escrito, escrito está”. Y lo escrito, entre todos, nos dice algo fundamental: que la globalización no es el fin de la historia ni en lo que se refiere al orden económico, ni en lo que se refiere al reino de la paz.

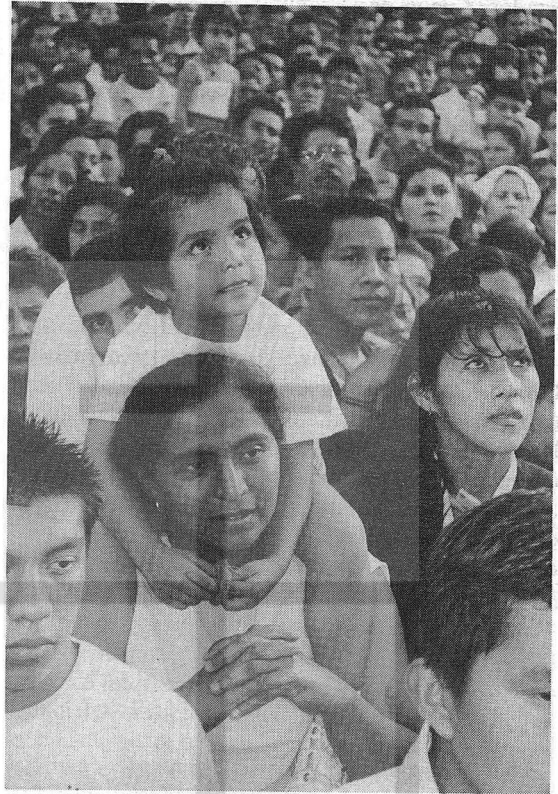
Por añadidura, ahí estaban los más variopintos manifestantes. “Barak, traidor”, gritaban los judíos opuestos al plan de paz. Por carambola, el insulto rebotaba contra Bill Clinton y Yasir Arafat. El presidente ruso escuchó, en su lengua natal: “Putín, asesino”, por las masacres de Chechenia. Las protestas más organizadas fueron las del Falun-Gong, el grupo religioso perseguido por el régimen de Pekín. En numerosas pancartas se pedía al premier Jiang Zemin que pusiera fin a las detenciones, encarcelamientos y torturas del Falun-Gong. También estaban presentes grupos religiosos, algunos anunciando el apocalipsis y otros ofreciendo la salvación a través de los evangelios o del Corán. El misticismo estuvo presente. Los críticos y opuestos a la globalización “no desenterraron su hacha de guerra” frente a Naciones Unidas. “La ONU, en opinión de los movimientos antiglobalización, es quizá el último dique contra la marea encabezada por organizaciones como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio y las grandes corporaciones... Muchos de estos grupos siguen teniendo una buena imagen de Naciones Unidas, y algunos de

sus discursos no han sido muy distintos de las intervenciones oficiales de los países participantes en la cumbre. Piden sobre todo que la organización internacional siga siendo una tribuna para los pobres". Lo único que adversan es la injerencia de las grandes multinacionales en Naciones Unidas. "La imagen positiva de Naciones Unidas corre el riesgo de verse empañada por los criminales de las grandes empresas que utilizan esta ocasión para sus operaciones de relaciones públicas" ("Cumbre de protestas en la calle", *El País*, 7 de septiembre de 2000).

3. Bill Clinton: lo escrito, escrito está

A cinco meses de dejar la Casa Blanca, Bill Clinton sale en defensa de Naciones Unidas, marcando el ambiente del primer día. Su discurso fue interpretado como "un testamento diplomático", que serviría de apoyo a la petición de Kofi Annan: que los 154 países aprueben la reforma de Naciones Unidas. Sin embargo, en este discurso de Clinton hay algo más interesante, si recordamos cómo se llevó a cabo la "guerra humanitaria" de Serbia-Kosovo. "Aquellos que en mi país, o en cualquier otra parte, creen que podemos prescindir de Naciones Unidas o imponer nuestra voluntad sobre ella, malinterpretan la historia y no comprenden el futuro... Nos guste o no, somos cada vez más interdependientes. Debemos buscar soluciones en las que todas las partes implicadas puedan sentirse parcialmente victoriosas y alejarnos de aquellas opciones en que se exige la total derrota de alguien". Bill Clinton afirmó que "Naciones Unidas debía protagonizar la lucha contra las guerras, la pobreza y la enfermedad y encabezar el esfuerzo por dotar de educación a todos los niños. La lucha por la paz, el bienestar y la salud en la aldea global «tiene una etiqueta con un precio» y todos los países, incluido Estados Unidos, deben pagarlo" ("Clinton se despide de la política mundial con una vigorosa defensa de Naciones Unidas", *El País*, 7 de septiembre de 2000).

Este discurso de Clinton, de acuerdo a quien sea su sucesor en la Casa Blanca, puede generar cambios sustanciales en la función de Naciones Unidas para asegurar la paz y el imperio de la ley a nivel mundial. En primer lugar, el que Clinton haya dicho que Estados Unidos no puede ejercer su inmensa fuerza sin contar con el resto del planeta y que Naciones Unidas debe desempeñar una gran función protagónica en el siglo XXI, contras-



ta con el "unilateralismo e imperialismo de Estados Unidos", criticados por tantos autores. A comienzos del presente año hablábamos de su unilateralismo militar, unilateralismo económico y unilateralismo informático-cultural, sobre la base de hechos y documentos fehacientes que nos presentaban a Estados Unidos controlando o trascendiendo a las instituciones internacionales, incluida Naciones Unidas (ECA, 2000, pp. 69-72). No significa esto que Estados Unidos renuncie a ser imperio, sino, tal vez, que —vía Naciones Unidas— trate de legalizar o legitimar su imperio. En segundo lugar, Clinton y su vicepresidente, Al Gore, han dicho que la paz, el bienestar y la salud de la aldea global "tiene una etiqueta con un precio" y que todos los países, incluido Estados Unidos, deben pagarlo".

Kofi Annan afirma que para reinventar Naciones Unidas hay que asegurar y redistribuir su financiamiento. Las constantes misiones militares y los miles de cascos azules en catorce países diferentes suponen crecientes erogaciones, que deben redistribuirse proporcionalmente entre todos los

estados. Luego de la segunda guerra mundial, Estados Unidos podía aportar el 30 por ciento de aquellos gastos, los 1 700 millones de dólares que hoy adeuda. Cincuenta años más tarde, otros países que se han enriquecido (Japón, Arabia Saudita, Singapur...) mantienen una aportación mínima; China, por ejemplo, sólo contribuye con el 1 por ciento de estos gastos totales. Kofi Annan lamenta los múltiples fracasos de Naciones Unidas desde Bosnia-Herzegovina, en 1992, hasta Ruanda, Sierra Leona y Timor... “Esta organización se enfrenta a una grave crisis de credibilidad para llevar a cabo su principal cometido: el mantenimiento de la paz y de la seguridad”, dijo Kofi Annan, luego de conocerse el asesinato de tres funcionarios civiles de Naciones Unidas, en Timor. “Estamos todos de acuerdo en reconocer que los cascos azules a menudo llevan a cabo misiones complejas sin el entrenamiento adecuado, la estructura y la autoridad necesarias... En ninguna parte nuestro compromiso es más urgente y necesario que en África, donde millones sufren a diario los estragos de la guerra”.

4. El Consejo de Seguridad

Junto con el imprescindible tema del financiamiento llegamos al punto más espinoso: la reforma del Consejo de Seguridad. Hay fuertes resistencias en el orden teórico y práctico. Aunque se ha avanzado mucho en el “derecho de injerencia por razones humanitarias”, quedan fuertes resistencias cuando se trata del propio país. Un editorial de *ECA* trató con suficiente amplitud este problema, aplicado al caso de la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte en Serbia-Kosovo: “El principio de soberanía, una cuestión abierta” (*ECA*, abril, 1999). El problema es delicado porque “el principio de soberanía sigue siendo la clave de las relaciones internacionales”. Si la Organización del Tratado del Atlántico Norte, es decir, Estados Unidos se saltó a la torera el valladar o autorización del Consejo de Seguridad, ello ha marcado un mal precedente al derecho de injerencia por razones humanitarias. Es cierto que posteriormente este principio cobra vigor con la creación, aunque escasa ratificación de los estados, de la Corte o Tribunal Penal Internacional (Roma, 1998); el programa de la Internacional Socialista, la Carta de París, 1999 (*ECA*, 2000, p. 60) y con el “Plan de acción para el siglo XXI”, de Kofi Annan.

Los delegados presentes en la cumbre sienten que este punto de agenda no está maduro y que hay que lograr el mayor consenso posible. Se ha recomendado ampliar el número de nuevos miembros del Consejo de Seguridad, pero emergen dos escollos. “Uno, el poco interés de los cinco miembros permanentes (Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido y Francia) en diluir su poder con la admisión de nuevos miembros fijos. Otro, el rechazo de Rusia y China ante el derecho de injerencia”. Es paradójico que los que relativamente cotizan poco tengan tanto poder y que los grandes exportadores de armas mantengan el privilegio del veto. Y no es de extrañar que quienes abiertamente violan las libertades civiles rechacen el derecho de injerencia. “A menudo, los cinco países con veto culpan a Naciones Unidas de los errores que ellos provocan. Bosnia y Ruanda son sólo dos casos; nadie envió cascos azules para evitar el genocidio ruandés, en 1994; todos desoyeron al propio secretario general de Naciones Unidas, Boutros-Ghali, cuando solicitó, en 1996, una policía internacional para separar asesinos de víctimas en los campos de refugiados hutus en Zaire. ¿El resultado? La actual guerra de Congo-Kinshasa”. (“La cumbre del milenio intenta definir las reglas del juego de la globalización”, *El País*, 5 de septiembre de 2000).

Valga recordar, a modo de paréntesis, que en el seminario organizado por la Unesco, en Santiago de Compostela, sobre derechos humanos, el 1º julio de 2000, salió a relucir el tema del “derecho de injerencia”. Allí se dijo que el derecho de injerencia suena como una “palabra maldita” en América Latina y las razones son claras. Los representantes del tercer mundo temen que estas intervenciones armadas se conviertan en un nuevo estadio de colonialismo occidental. Este derecho se legitimaría bajo las siguientes condiciones: “Que sea a favor de los agredidos; que sea Naciones Unidas quien decida las intervenciones con misión humanitaria; que se reconozca el derecho a la autodeterminación de las minorías y que lo pueda ejercer también el débil frente al fuerte” (“La globalización obliga a renovar los derechos humanos, según políticos, académicos y ONG”, *El País*, 2 de julio de 2000).

De acuerdo con la documentación disponible, la minicumbre del Consejo de Seguridad acordó “reforzar el primer cometido de Naciones Unidas, las operaciones de mantenimiento de la paz, aun-

que sin abordar el delicado problema de su financiamiento, organización y mandato". Se quiere el fin, pero no se ha llegado a consensuar el mecanismo de funcionamiento. Incluso se dejaron oír posiciones adversas al derecho de injerencia. El presidente Iraní, Mohamed Jatami, defendió las distintas formas de democracia: "Ningún modelo puede imponerse como la versión definitiva. La globalización no puede utilizarse para abrir grandes mercados para unos pocos o asimilar culturas nacionales en un solo modelo global". Más problemático es el caso de China, cuya integración en la Organización Mundial del Comercio se discute en el Senado de Estados Unidos. El estatuto de socio comercial favorecería a China, razón que aprovechó Clinton para solicitar a Jiang Zemin "un mínimo respeto a los derechos humanos". Aunque el gobierno chino sabe que arriesga mucho con su integración en la Organización Mundial del Comercio, aprovechó su discurso para dejar clara su posición oficial: "los principios del capitalismo económico y el respeto a los derechos individuales no tienen una categoría universal y no pueden aplicarse de una forma automática en países que, como China, optan desde hace milenios por otro tipo de valores" ("Clinton reclama a Pekín respeto a los derechos humanos", *El País*, 9 de septiembre de 2000).

Si los jefes de Estado han calificado a la cumbre del milenio como una "reunión fructífera", es necesario que los mismos estados se comprometan, dentro y fuera de sus fronteras, a madurar y ejecutar los compromisos aquí pactados. Asegurar la función humanitaria de Naciones Unidas presupone que, junto a la contribución proporcional a sus crecientes erogaciones, se realicen serios avances en la aplicación de aquellos derechos humanos que son universales e indivisibles. No puede haber una globalización total sin derechos humanos universales y sin una distribución más equitativa de los beneficios económicos. Por ello, la Carta de París, de noviembre de 1999, recomendaba la reforma del Consejo de Seguridad y la creación de un Consejo de Seguridad Económico, que haga más llevadera la globalización.

Un tema que no queda claro para algunos países, especialmente los africanos, es si los derechos humanos tienen un efecto retroactivo. "África acusa de su pobreza a los países ricos ante la Asamblea General de la ONU" (*El País*, 8 de septiembre). Muchas de sus intervenciones recuerdan la

reunión de El Cairo, el 3-4 de abril del 2000. Allí se habló de la "globalización mutilada": "África es un continente rico, pero los africanos somos pobres". Algunos mandatarios tuvieron a bien recordar que, en 1888, las potencias europeas se repartieron el continente, un continente muy rico en recursos naturales. En la misma reunión aparecieron también otros problemas políticos y culturales que carcomen a bastantes países africanos: las dictaduras y los golpes de Estado, que tronchan cualquier estilo de democracia e irrespetan los esenciales derechos humanos; la permanente xenofobia que alimenta guerras civiles e interestatales, el terrorismo y el tráfico de armas, la debilidad de las instituciones gubernamentales... y el avance del sida, que amenazan la existencia de una quinta parte de la población en algunas zonas y países. Estas lamentaciones han vuelto a aparecer en la presente cumbre y justifican las palabras de Kofi Annan: "En ninguna otra parte nuestro compromiso es más urgente que en África, donde millones sufren a diario los estragos de la guerra". ¿Dónde comienza y dónde termina la culpabilidad de esta historia africana? ¿Quiénes comenzaron irrespetando los más esenciales derechos humanos y quiénes prosiguen la misma historia? Los africanos acusan a los europeos de haber practicado y sembrado la corrupción siempre permanente. África es el más claro ejemplo de lo que queda por hacer en el reino de los derechos humanos y en el campo de las necesidades económicas.

Con este escenario africano se pueden comprender los seis objetivos básicos que, con fechas y cifras, propone el documento final: (1) reducir a la mitad, para el año 2015, la proporción de la población mundial, cuyos ingresos son inferiores a un dólar al día; (2) reducir a la mitad, para la misma fecha, la proporción mundial (el 20 por ciento) que no tiene acceso al agua potable; (3) garantizar la educación primaria para todos los niños en los próximos quince años; (4) detener la difusión del sida y la malaria; (5) reducir la mortandad infantil de niños menores de cinco años en dos tercios; (6) conseguir una mejora significativa de las vidas de los 100 millones de personas que malviven en las chabolas del mundo. Tal vez nos puedan decepcionar estos objetivos económicos básicos como fruto de una reunión calificada como la "cumbre del milenio", pero ese es el mundo real en que vivimos. Nuestro análisis de coyuntura económica del primer semestre del 2000 inicia con una pregunta: ¿una pobreza superable?

¿Qué sucederá después de la cumbre del milenio? Los comentaristas de *El País* resumen su impresión: “Vagos compromisos en Nueva York de lucha contra el hambre, la pobreza y las enfermedades”. Sería muy triste decir que “todos se fueron como habían llegado”. También sería triste que los mandatarios antepongan lo más urgente a lo más importante. Para algunos mandatarios, lo más urgente en esos días era avanzar en el proceso de paz en el Oriente próximo, normalizar las relaciones comerciales con China y el resto del mundo, así como la necesidad de créditos por parte de Rusia. No podía faltar el problema de los precios del petróleo y la oposición a la “guerra de las galaxias”, bajo las nuevas proporciones del paraguas

antibalístico... Lo más importante es que los estados se comprometan a dar respuestas escalonadas a los desafíos de un actualizado Consejo de Seguridad y del aún pendiente Consejo de Seguridad Económico. De todas formas, desde las alturas del edificio de Naciones Unidas hemos visto un poco mejor lo bueno y lo peor de esto que llaman “la aldea global”. Ojalá que no volvamos a entrar en otra recesión del “ciclo de la esperanza”.

Francisco Javier Ibisate
Decano de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas”

